

EL GRAN CAUDILLO ZAPATA,

por Blanca Luz Brum
ILUSTRACION DE ROJAS

ANTES de la revolución, Zapata fue un "caporal". Domaba los caballos de la aristocrática familia de don Ignacio de la Torre, riquísimo latifundista mejicano y dueño del Estado nativo de Zapata, el Estado de Morelos.

Emiliano Zapata fue el primer hombre que enarbó en México la bandera del "agrarismo", exigiendo la devolución a los pueblos de sus tradicionales "ejidos". Así se llaman en México a las tierras comunales pertenecientes desde tiempos inborrables a las poblaciones campesinas, y las cuales les fueron arrebatadas por todos los medios para agrandar los interminables latifundios de los señores hacendados.

Zapata era un hombre culto. Apenas sabía leer y escribir; pero era dueño de un admirable talento natural y de una profunda convicción revolucionaria.

No tenía el genio militar de Villa, el dinamismo diabólico del cruzado guerrillero del Norte, pero su tenacidad era inaudita. Zapata no tuvo nunca brillantes victorias militares. No aventuró jamás su causa con alocadas ofensivas. Zapata fue siempre sobrio y medido en su táctica, que consistía siempre en moverse en regiones inexpugnables. Y el paisaje de Morelos, volcánico, agrietado y espinoso, sirvió de cuadro principal a sus campañas.

Zapata hablaba a las masas mejicanas en su propio lenguaje y desde su propia realidad. Su lenguaje tenía ese romántico y subversivo sabor que tenía el que usaban los gauchos en las épocas de las montoneras. El sabía hacer que sus palabras llevaran su pensamiento hasta los más lejanos rincones de las sierras de México.

Zapata extendió su propaganda con extensas cartas escritas en terrible ortografía y aun más terrible caligrafía, pero de una belleza lírica maravillosa y de una ardorosa vehemencia revolucionaria. Yo pude leer algunas que posee el general Triana, antiguo soldado de Zapata y más tarde candidato comunista a la Presidencia de la República. En ellas hace comentarios de sabiduría instintiva, pero profunda.

Refiriéndose a la revolución rusa, nos muestra el sentido universal de su pensamiento político: "No estoy luchando solamente por mis indios de México, sino por los campesinos del mundo entero". En algunas manifiesta estar orgulloso de saber que el grito lanzado por sus hombres desde la Sierra del Gilguero en 1909 exigiendo "tierra y libertad" había repercutido hasta "las Rusias", y pregunta cómo hacer para enviar "un propio" (hombre a caballo) al "ejército libertador" de aquel lejano país, pues era necesario "que todos los campesinos del mundo obraran de acuerdo".

Zapata combatía, hablaba y escribía con igual fervor.

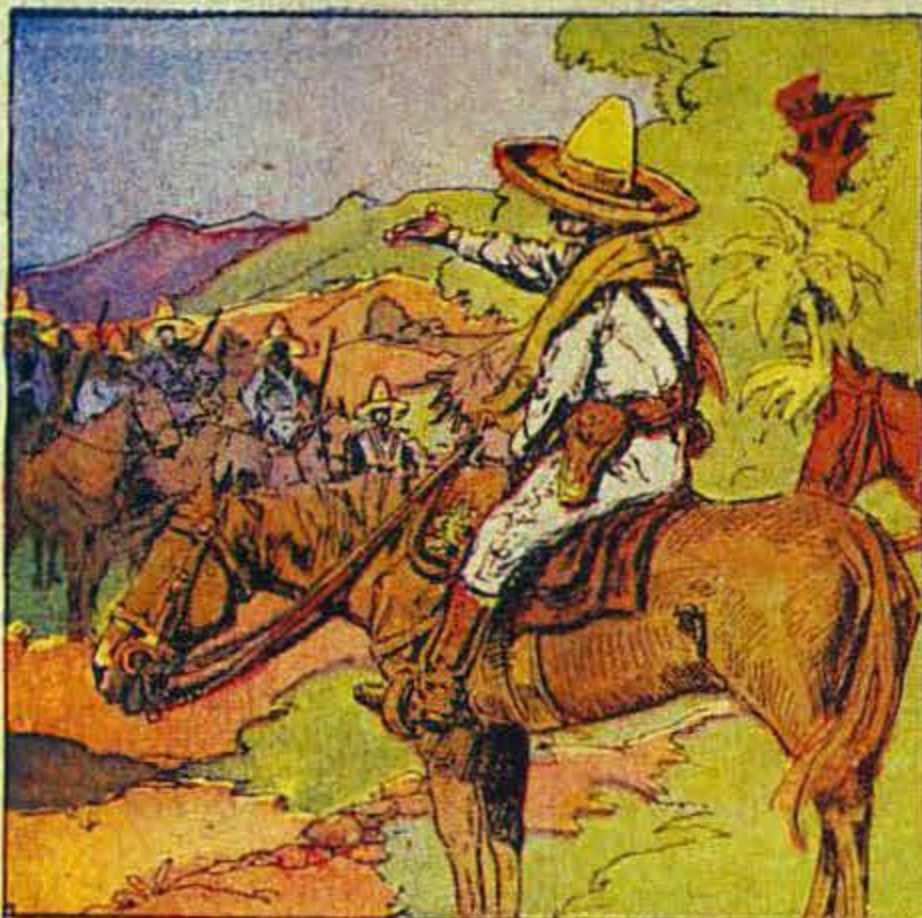
Como todos los grandes revolucionarios, Zapata fue acosado por ofertas corruptoras. El presidente Madero, caudillo de la primera revolución mejicana, abofeteó antes que nadie su pureza revolucionaria. Pretendía hacer que Zapata depusiera las armas y espere pacíficamente que la conquista de la tierra se obtuviera por medios legales. Zapata tenía un gran cariño personal por el "apóstol" Madero, entonces ídolo popular de México, pero sus palabras mezquinas lo derrumbaron del corazón del indomable combatiente. "Se le daría una hacienda riquísima en el Estado de Veracruz a cambio del desarme y desmovilización de su ejército". Se le pedía que entregara a sus hombres. Se le pedía que las cosas volvieran al estado de antes; es decir, se le pedía que las tierras de los pueblos siguieran en poder de los expropiadores criollos y "gachupines" y que éstos siguieran cotizando las vidas de sus peones a cinco pesos por cabeza. Zapata no dijo nada; sin alterarse lo más mínimo, oyó la cruel proposición; pero en la noche de ese mismo día abandonó precipitadamente y por caminos ocultos la capital de la República, para volver a su Sierra del Gilguero, y desde donde había de levantar nuevamente con más fuerza aún el incendio de la revolución campesina mejicana.

Y los trovadores populares respondieron a la brava actitud de Zapata iluminando la flor de sus corridos:

"Dicen que me han de borrar
la vereda por donde ando;
la vida me quitarán,
pero la vereda, ¡cuándo!

Dijo Emiliano Zapata
en las montañas sureñas:
nada de limosna al pueblo.
¡Hay que dar toda la tierra!

Zapata fue perseguido despiadadamente por las mejores tropas del general don Porfirio Díaz. Los generales que las comandaban habían hecho sus cursos militares en Alemania y Francia. Eran alumnos distinguidos de la escuela de San Cir. Pertenecien-



do a las aristocráticas familias criollas del país, ponían un celo particular en la empresa: "Los bandidos zapatistas pretendían robarles sus tierras..." El mundo no conoce la bestial carnicería que estos distinguidos militares de sangre aristocrática llevaron a cabo en el Estado de Morelos. Acorralaban pueblos enteros, asesinando a todos sus habitantes por considerarlos unánimemente simpatizantes de la causa agraria. De la violencia sin ejemplo usada por el gobierno de México en esta campaña parte, como consecuencia lógica, el carácter extraordinariamente sangriento que había de tener más tarde la revolución entera en ese país. La violencia engendra la violencia... y el primero que la usa es el responsable... Los bravos estrategas del "invencible" ejército federal mejicano fracasaron en su intento, y Zapata llegó triunfante hasta la capital de la República, y la "ciudad de los palacios" vio indignada desfilarse por sus calles al ejército de los campesinos indios con sus inmensos y agresivos sombreros y los torcos retocados de balas. Hasta los sótanos de las mansiones aristocráticas penetró el sonido bestial de las trompetas de cuerno zapatistas.

Pero la tierra todavía no estaba conquistada. Había que volver a las sierras nuevamente a pelearlas pecho a pecho contra los soldados federales del nuevo gobierno, que no había disuelto al ejército porfiriano. Cuando la política de corrupción empleada por Madero no tuvo éxito, se usó nuevamente de la fuerza. El general Truett Aubert, de abolengo galo, fue enviado a combatir al rebelde. Las escenas de terror se repitieron... pero los valien-

tes campesinos de Morelos resistieron heroicamente, y la nueva tentativa de represión fue un nuevo fracaso. Emiliano Zapata y sus soldados consiguieron arrojar a los invasores invadiendo a su vez los lugares estratégicos del gobierno en las proximidades mismas de la capital de la República. La bravura zapatista extendió el fuego de la revolución campesina más allá de los límites del Estado de Morelos, y la lucha por la tierra tomó caracteres nacionales. La Sierra del Gilguero fue el cuartel general de una campaña destinada a obtener la devolución de los "ejidos" a sus comunes dueños: los pueblos.

Nuevamente desfilaron las tropas zapatistas por la capital de la República, haciendo temblar de terror a la aristocracia latifundista. Entonces no llegaron solos: por las mismas calles desfilaron los macabros "dorados" de Villa y los "rieleros" del general Fierros. También cruzaron por las calles los "colorados" de Maclovio Herrera y los "sombroterudos" de Lucio Blanco. Francisco Villa, Canuto Reyes, Urbina, Chao, ocuparon con Zapata, "el cuarto Morales" Otilio Montaño, los sillones presidenciales y se hicieron retratar en ellos. (Consta la fotografía histórica). Los ejércitos libertadores del Norte y del Sur habían establecido contacto en la propia capital de la República, ciudadela invencible durante más de treinta años...; pero el descubrimiento por parte de Zapata de que el villismo carecía de programa concreto sobre la tierra, limitándose a simples alaridos demagógicos, y conociendo los turbios procedimientos del guerrillero del Norte, que pretendería seguramente deshacerse de él y de su lucha en las pro-



pias calles de la ciudad de México, lo obligó a salir nuevamente con precipitación a sus tradicionales refugios militares, para insistir desde ahí, tenazmente, en favor de su programa.

El villismo, aliado condicional del zapatismo, fue desangrado seriamente en las batallas de Celaya y Trinidad. El genio militar del jefe de la división del Norte fue quebrado por la táctica yanqui del general Obregón, y el carrancismo triunfante intentó también el desarme del ejército suriano mandado por Emiliano Zapata. La respuesta del caudillo campesino fue terminante: "Entréguense las tierras a los pueblos, y desmovilizaré mi ejército". El carran-

cismo no aceptó la condición, e incendió nuevamente la guerra. Zapata contestó con igual energía, y consiguió desalojar varias veces a las tropas carrancistas de sus regiones estratégicas. El gobierno comprendió que Zapata era militarmente invencible, y, cansado de perseguirle de frente, le buscó la espalda. El coronel carrancista Jesús Guajardo, jefe de un sector de las operaciones militares en el Estado de Morelos, escribió al caudillo largas cartas, apareciendo en ellas como ganado por la causa agrarista. "Quería servirle, y demostrar su lealtad, del modo que Zapata se lo pidiera..." Aseguraba en ellas que todos sus hombres lo seguirían. Hasta que al fin Zapata escuchó y cedió, convencido de la sinceridad de Guajardo. Solamente exigía una cosa: era una condición seria y definitiva: el coronel Guajardo demostraría su adhesión a la causa campesina atacando de inmediato la población de Yauatepec, Estado de Morelos, ocupada en ese momento por poderoso destacamento federal. Y el coronel Guajardo no puso ningún obstáculo, y aquello fue la más evidente prueba de lealtad para los agraristas... En efecto, en la tarde de ese mismo día, Guajardo y sus hombres se echaron sobre Yauatepec en una refriega sangrienta en la que fue totalmente aniquilada la escolta federal y reducido a su tercera parte el batallón del coronel Guajardo. Habiendo tomado ya en su poder el pueblo de Yauatepec, el coronel Guajardo mandó informar al general Zapata de la hazaña, e invitábase a concurrir en persona a la plaza conquistada. Entonces al general campesino no le quedaba ya la menor duda: para él estaba fresca aun la sangre de tantos hombres: el enemigo había sido desbaratado por su lado más fuerte. Además, ¿podía el indio noble imaginarse semejante traición?... Y fue así cómo, acompañado tan sólo por su estado mayor, se presentó, casi al caer la noche de ese día, a participar en aquel patético escenario en donde actuaba la traición y la sangre...

Entre las casas destruidas, por sobre las cercas truchadas, situó Guajardo a 20 de sus mejores tiradores — no necesitaba más —. Y desde la entrada del pueblo le lanzó una descarga cerrada que le quitó la vida al valiente general indio junto con su estado mayor.

Aniversario de Emiliano Zapata. Cuautla. Lugar de su nacimiento y de donde se fue a la revolución con el grito de "Tierra y Libertad". Una bandera morada y una calavera blanca en el centro.

La memoria de Zapata es cada día más romántica y se pierde en el aire de las montañas del Sur.

Sin embargo, todos los pueblos que rodean al famoso Estado de Morelos siguen empobrecidos y miserables, tal como los dejaron las cruzadas libertadoras de los "bandidos zapatistas".

No hay hombre de 50 años que olvide la cara de Emiliano Zapata. Los que fueron con él tienen todavía la cara impresionada con el resplandor de aquel tiempo. Y las viejas y los viejos que fueron ricos, cuentan a uno el caso de aquella bárbara caravana que pelaba a los pueblos hasta dejarlos sin lumbre por varios meses: "guardábamos la lumbre noche y día bajo la tierra para que se conservara".

Y en este histórico Taxco existe, más que en ningún otro pueblo, un rencor inmortal por Zapata: "los divisábamos desde el Chimborro cuando los miles de bandidos bajaban por la montaña rumbo a Taxco".

Los viejos enterraban el oro, y el templo se llenaba de súplicas inútilmente...

La marcha viril de los revolucionarios se venía épica desde los más remotos y terribles cerros de las montañas.

Los bravos guerrilleros zapatistas, campesinos enjutos y fuertes, con las balas decorándose el cuerpo, con los sombreros más grandes del mundo y en un brazo las ágiles carabinas con las que pedían la tierra.

A Emiliano Zapata le toca un aire de leyenda sangrienta... Pero, ¿qué fue Zapata comparado con otros generales de la revolución mejicana, cuyas "hazañas" se disimulan con cautelosa política?

Emiliano Zapata fue el más auténtico revolucionario de su época. Su lucha, su valor, su tenacidad, estaban parados sobre una idea de positiva justicia social: Toda la tierra para los pobres, sin amos y sin capataces.